

católico (31 de diciembre 1494). El papa Alejandro VI, sin fiarse en el juramento que antes había hecho Carlos de no hacer daño en la persona y Estado y en la preeminencia y dignidad del pontífice, habíase refugiado al palacio de San Pedro, y después al castillo de Santángelo. Mas como viese que el pueblo de Roma había recibido y celebrado con alborozo la entrada de los franceses, por odio á su persona (1), y se encontrase sin el socorro que esperaba de España, tuvo la debilidad de pactar con el francés, poniendo á su disposición el castillo de Civitavecchia mientras durase la empresa de Nápoles, facultándole para entrar en cualquier otra fortaleza de sus dominios á excepción del castillo de Santángelo, y obligándose Carlos á restituir á la Iglesia la plaza de Ostia, que se le había entregado, cuando terminara la conquista. Con esto hizo el francés la ceremonia de prestarle obediencia y besarle el pie en público consistorio; hecho lo cual, salió de Roma (28 de enero, 1495) en dirección de Nápoles, y entonces fué cuando recibió en Velletri á los embajadores españoles.

No hace á nuestro propósito seguir al rey y al ejército francés en su rápida marcha y breve campaña. Bástenos decir que en menos de quince días, casi sin combatir, se apoderaron de

(1) El pueblo romano aborrecía al papa Alejandro por sus malas costumbres. Por desgracia todos los escritores de todas las naciones retratan con una triste uniformidad los vicios y las flaquezas de este pontífice, lo cual es mas sensible para un español, por la circunstancia de haber sido el español tambien.

Rodrigo Lenziolo Borgia (que este era su primitivo nombre), hijo de Jofre Lenziolo y de Isabel Borgia, hermana del papa Calixto III, nació en Valencia de España en 1431, fué hecho obispo de la misma ciudad por su tío, que le dió sus armas y su nombre, creado diácono-cardenal en setiembre de 1456, y sucedió á Inocencio VIII en la silla de San Pedro en 1492. «Estaba, dicen los graves autores del Arte de verificar las fechas, muy desacreditado por sus costumbres. Los historiadores de la época hablan de su querida Vanozia, de quien tuvo tres hijos, Juan, César y Jofre, y una hija llamada Lucrecia.»—«Los mas de los historiadores, dice nuestro Ortiz y Sanz en nota al lib. XXVIII, c. 11 de Mariana, afean en Alejandro VI el desordenado amor á sus hijos, deseo de engrandecerlos y deferencia á los desmedidos pensamientos de estos, especialmente de César (hombre cruel y sanguinario, cortado á la medida de los mas célebres tiranos), y de Lucrecia, para aumento de los cuales no hubo cosa que no hiciese ó imaginase.»

«Este monstruo (dice Artaud de Montor en su Historia de los soberanos pontífices, hablando de César Borgia), nacido en España, educado en Italia, titulado en Francia, no pertenecía ni á España, ni á Francia, ni á Italia: los tres pueblos le han repudiado. Este miserable sin patria... y puede decirse sin padre, puesto que no podia nombrar el suyo... etc.» Pues bien, á este César Borgia le hizo su padre obispo de Pamplona, después de Valencia, mitra que él erigió en arzobispado, y por último, en una promoción le dió la púrpura cardenalicia.»

Novas, el escritor que mas trata de atenuar, ya que no puede desmentir los vicios atribuidos á Alejandro VI, se explica así: «Su conducta fué mas digna de reprensión que de alabanza. Su vida mas bien la de un émulo del conquistador Alejandro, cuyo nombre tomó Borgia por orgullo, que de un vicario del Buen Pastor, solo modelo que este papa debió proponerse imitar. Algunas cualidades naturales, así como otras virtudes mas aparentes que verdaderas, no eran bastantes á hacer olvidar los vicios que han afeado en Alejandro todos los autores, incluso los analistas sagrados, que le acusan de avaricia y crueldad; que le acusan de haber obtenido el pontificado por dones y promesas; que le acusan de costumbres disolutas; que le han convencido de haber hecho reconocer en su pontificado cuatro hijos y una hija, todos fruto de un adulterio no interrumpido con Vanozia, famosa cortesana, mujer de Dominico Arignani, uno de los grandes de Roma.»—«(Podría yo, dice á esto Artaud de Montor, contradecir la historia, cuando tales pasajes se leen en un libro impreso y aprobado en Roma?)»

De intento nosotros no hemos querido citar ninguno de los historiadores de quienes se pudiera creer que tenían ó enemiga ó prevención contra este pontífice, y hemos elegido á los que se muestran con él mas indulgentes y menos severos. En nuestro dolor de que la Iglesia tuviera la desgracia de estar representada en aquel tiempo por un pontífice, y pontífice español, de tan poco recomendables costumbres, repetimos como católicos la juiciosa observación de Feller, y la adoptamos como nuestra, cuando dice: «Los protestantes han echado muchas veces en cara á los católicos los vicios de Alejandro VI, como si la depravación de un pontífice pudiera recaer sobre una religión santa; como si el cristianismo, por ser la obra de Dios, hubiera de aniquilar en sus ministros los gérmenes de las pasiones humanas. No fué la tiara la que hizo á Alejandro VI vicioso, sino su carácter. Hubiera sido lo mismo en cualquier puesto que hubiera ocupado en el mundo.»

todo el reino, y que el 22 de febrero de 1495 hizo el rey Carlos VIII de Francia su entrada triunfante en Nápoles, siendo recibido con grandes demostraciones de alegría por todo el pueblo, como si hiciera mucho tiempo que no veían á su rey, cuando en un solo año habían conocido y perdido tres reyes (2), «que es, dice un juicioso historiador, la cosa mas nueva y de considerar que se puede notar.» Hízose Carlos coronar, revestido con los ornamentos imperiales, que no habían sido concedidos á Carlos I, hermano de San Luis. Veía pues realizada una parte de los ensueños que le habían halagado en Paris, y «con una mano amenazaba á Sicilia y con otra al imperio de Oriente.»

La rapidez de esta conquista, hecha casi en el tiempo que necesitaria un viajero para recorrer el país, dependió de muchas causas. Los Estados italianos, desde que perdieron con la muerte de Lorenzo de Médicis el equilibrio que este gran político había sabido establecer y conservar, se hallaban desunidos entre sí y desorganizados. Los cuatro adversarios de Carlos, Fernando y Alfonso en Nápoles, Pedro de Médicis en Florencia, y Alejandro VI en Roma, eran príncipes mal queridos de la mayor y mas principal parte de sus pueblos, que ó deseaban sacudir su dominación, ó no sentían perderla. Así que muchas plazas y ciudades florentinas, pontificias y napolitanas, se daban y abrian espontáneamente á los franceses, y Carlos VIII fué bien recibido por el pueblo en Florencia, en Roma y en Nápoles. En este último reino había todavía un partido angevino respetable, dispuesto á admitir y proclamar un príncipe de la antigua dinastía de Anjou. El duque de Milan, Luis Sforza, que había llamado y convidado al francés, le ayudó tambien mucho en su empresa, distrayendo y quebrantando las fuerzas de sus contrarios. Además los italianos en los años de prosperidad y sosiego que llevaban, habían casi olvidado el oficio de pelear, y se llenaron de asombro y de terror al ver descogarse por sus fértiles campos la bien organizada infantería francesa, los cuerpos disciplinados y valientes de suizos, y sobre todo los grandes trenes de artillería, en que los franceses aventajaban entonces, no solo á los italianos, sino á todas las naciones de Europa. De modo que todo contribuyó á difundir la consternación y el espanto en aquellas regiones, y á facilitar á los invasores un triunfo y una conquista que de otro modo no hubieran podido obtener, al menos sin mucho tiempo y sin gran trabajo y sacrificio. El nuevo rey de Nápoles, Fernando II, príncipe jóven, vigoroso y enérgico, que por su talento y afabilidad era mas querido de sus súbditos que su padre y su abuelo, el único que tenía disposición para haber resistido al francés, no halló quien le apoyara, porque encontró ya á sus pueblos aterrados y paralizados, y á pesar de sus esfuerzos no pudo evitar el general aturdimiento y desánimo, y tuvo que abandonar su corte sin disparar un tiro, y retirarse á Ischia y de allí á Sicilia (3).

Pero poco tiempo gozó el orgulloso conquistador las dulzuras de su triunfo. Entregado á una vida voluptuosa y afeminada, mas propia de un jóven disipado y licencioso que de un jefe de Estado y de un hombre político; vejando inconsideradamente á sus nuevos súbditos; pensando mas, él y los suyos, en saciar sus pasiones y antojos que en captarse las voluntades y en asegurar y conservar el nuevo reino; amenazando con la conquista de Sicilia, pero empleando los días y los recursos en frívolos pasatiempos, el insensato ni advertía que se iba haciendo odioso á los napolitanos, ni conocía la aversión que inspiraba á los príncipes y potentados de Italia, ni veía el ruido de las tormentas que se estaban formando en el Norte, en el Occidente, y á las puertas mismas de sus nuevos dominios. En efecto, el disgusto y la exasperación de los napolitanos era tal, que volviendo los ojos al rey Fernando de España, le decían que si quisiera libertarlos de la opresión del francés, con solos tres mil hombres que acudiese, todos alza-

(2) Fernando I, Alfonso II y Fernando III.

(3) Es extraño que Prescott, al examinar en su Historia de los Reyes Católicos las causas de la facilidad de esta conquista, apenas haya apuntado sino las últimas de las que hemos expuesto, no tomando en cuenta las anteriores, que á nuestro juicio fueron las mas influyentes y poderosas.

rian por él banderas y se le entregarían con mejor voluntad que á otro príncipe alguno. Pero Fernando, que no había estado ni descuidado ni ocioso, además de las disposiciones tomadas para la defensa de Sicilia, proseguía otro plan mas en grande, que era el de promover una gran liga de muchas potencias para dar al francés el golpe seguro y destruirle. Al efecto había procurado confederarse con las casas de Austria y de Inglaterra, interesar al emperador y rey de romanos, negociando los matrimonios del príncipe don Juan su hijo con la princesa Margarita, y de su hija doña Juana con el archiduque Felipe, traer á su partido al duque de Milan, Luis Sforza, haciendo servir á su objeto las quejas y el disgusto que este tenía ya del francés, pesándole mucho de haberle llamado, hacer salir la república de Venecia de su calculada neutralidad, persuadir en fin á todos estos Estados del peligro comun que corrían mientras el francés continuara posesionado de Nápoles, de la necesidad de unirse para expulsarle de Italia, y de la utilidad y la justicia de salvar la dignidad de la Iglesia y la integridad del territorio pontificio, injustamente ultrajada aquella y usurpado este por Carlos VIII.

Los embajadores empleados por Fernando é Isabel para



FERNANDO II REY DE NÁPOLES

de la silla romana, y la cooperación comun á este fin, aprestando cada uno el respectivo contingente de tropas, hasta formar un ejército de treinta y cuatro mil caballos y veintiocho mil peones, que se había de poner inmediatamente en campaña: á España le correspondieron ocho mil. En las estipulaciones secretas se contenía que el rey de Aragón emplearía las fuerzas que había enviado á Sicilia para restablecer á su deudo Fernando II en el trono de Nápoles; que cuarenta galeras venecianas atacarían las posiciones de los franceses en las costas napolitanas; que el duque de Milan los arrojaría de Asti, y cerraría los pasos de los Alpes para impedir la entrada de nuevos refuerzos de Francia, y que el emperador Maximiliano y el rey de España penetrarían por las fronteras francesas. Los gastos serían de cuenta de los aliados (1).

Al propio tiempo, y atento á todo el rey don Fernando, daba instrucciones á Requesens y á Gonzalo de Córdoba sobre lo que habían de hacer en Sicilia, y cómo habían de ayudar á Fernando de Nápoles á recobrar la Calabria; enviaba tropas y capitanes á Perpiñan para asegurar el Rosellon y ocurrir á lo que por aquella parte sobreviniera pudiese, y estrechaba relaciones y pactaba tratos con el rey de Navarra para que en caso de guerra con el francés impidiese el paso de las tropas francesas á España por aquel reino, y si era menester se uniese y obrase con las fuerzas de Castilla. De modo que á todo y por todas partes se prevenía el rey Fernando con suma prudencia.

Tanta como fué la alegría que en toda Italia, principalmente en Roma y en Venecia, produjo la noticia de la Liga Santa, fué la turbación que causó á Carlos VIII y los franceses, haciéndolos salir del letargo en que los placeres los tenían sumidos. No temían ellos á los príncipes italianos á quienes con tanta facilidad habían vencido, sino lo que les amenazaba por

(1) Giovio, Hist. sui temporis, lib. II.—Giamnone, Istoria di Napoli, lib. XXIX.—De la Vigne, Histoire de Charles VIII.—Philip, de Comines, Memoires, lib. VII.—Bembo, Istoria Veneziana, tom. I.—Guicciardini, Eptome, libro II.—Zurita, Historia del rey don Hernando, lib. II, capítulos 3 á 6.

cada una de estas negociaciones, correspondieron maravillosamente á los deseos y á las miras de sus monarcas, y todos dieron con su hábil y discreta política y con sus infatigables esfuerzos los mas lisonjeros resultados. Juan de Deza en Milan logró hacer entrar en la confederación al duque Sforza: en Roma se avinieron bien con el papa Garcilaso de la Vega, señor de Batres, y su hermano: Antonio de Fonseca y Juan de Albion arreglaron en Worms los matrimonios de los hijos del emperador electo con los de Fernando de España, y Lorenzo Suarez Figueroa era el alma de las conferencias que se celebraban en Venecia entre los futuros aliados. Estas conferencias se tenían de noche y con tal sigilo, que el mismo ministro de Carlos VIII, el sagaz Felipe de Comines, que residía en aquella ciudad, no pudo traslucir nada hasta que estuvo formada la liga. Realizóse, pues, la gran confederación, que tomó el nombre de *Liga Santa*, entre los príncipes y Estados de España, Austria, Roma, Milan y la república de Venecia, que apareció firmada por todos en 31 de marzo de 1495, y había de durar por espacio de 25 años. Los capítulos públicos de la liga tenían por principales objetos, la conservación de los derechos y dominios de todos los confederados, y señaladamente

España y Alemania. Comprendió Carlos que necesitaba tomar pronto un partido, y en la incertidumbre de si abandonaría el territorio conquistado, ó resistiría en él á los confederados hasta que le llegaran refuerzos de Francia, tomó el peor y mas indiscreto que podia tomar, que fué resolverse á dejar en Nápoles la mitad de su ejército, y emprender la vuelta de Francia con la otra mitad, quedando de este modo sin fuerzas bastantes, ni para asegurar su retirada, ni para mantener su nuevo reino. Mas no quiso abandonar aquella capital sin halagar su desmedida presunción y sin satisfacer su codicia, con dos actos que acabaron de confirmar su vanidad pueril y de poner el sello á la fama de no distinguirse por la pureza. El primero fué su entrada pública en la ciudad (12 de mayo) con la diadema imperial en la frente, el cetro en una mano y el globo en otra, símbolos del universal poder, y cubierto de púrpura y armiños, regalando sus oídos con el dictado que se hacia dar de emperador (2). El segundo fué el despojo que hizo de las obras artísticas de mas mérito y de los objetos mas preciosos de escultura y arquitectura que decoraban aquella ciudad, para trasportarlos al Mediodía de la Francia (3); si bien estos objetos fueron luego apresados por una flota vizcaína y genovesa antes de llegar á su destino. Con esto el emperador á los ocho días de su dramática coronación salió de Nápoles (20 de mayo), sin haber conseguido del papa que le diese la investidura con tanta instancia solicitada, antes bien, como le escribiese que pensaba pasar por Roma á fin de conferenciar con él sobre algunos asuntos importantes, el papa se retiró con sus cardenales á Orvieto, y desde allí á Perugia, dispuesto á pasar á Venecia en caso de peligro. Carlos en su retirada se detuvo solo dos días en Roma: en Viterbo intentó tener una entrevista con el pontífice, mas no pudo lograrlo. Prosiguió, pues, su camino por Sena y Pisa, atravesó el Pó sin ser sentido, y tomó por trato á Novara. Al salir su ejército de los desfiladeros de los Apeninos, y á orillas del Taro, cerca de Fornovo, á cinco millas de Parma, se encontró

(2) De la Vigne, Hist. de Charles VIII, pag. 201.

(3) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 140.

con un grueso cuerpo de tropas venecianas; los suizos de Carlos atacaron vigorosamente á los soldados de la república, y los vencieron y derrotaron, con lo que pudo el francés continuar sin ser molestado su retirada á Turin. Allí entabló nuevos tratos con el inconstante duque de Milan, Luis el Moro, que dieron por fruto separarle de la Liga Santa. Por último, repasó los Alpes, y de vuelta á Francia se entregó de nuevo á una vida disipada y voluptuosa, olvidando á sus compañeros de Italia, y olvidando también su dignidad de rey y hasta sus ensueños de gloria.

Á los cuatro días de haber salido Carlos VIII de Nápoles, llegó á Mesina en Sicilia, despues de una penosa navegacion, el capitán español Gonzalo Fernandez de Córdoba (24 de mayo), enviado por los reyes de España para ayudar, en union con Requesens, á Fernando II de Nápoles á recobrar el trono de que le habían arrojado los franceses. Antes de dar cuenta de las famosas campañas de Gonzalo en Italia recordaremos algunos antecedentes de este ilustre guerrero que tan gran papel hará siempre en la historia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, hijo del rico hombre de Castilla don Pedro Fernandez de Aguilar, y hermano menor de don Alonso de Aguilar, tan famoso en las guerras de Granada, habia nacido en Montilla, Andalucía, en 1453. Habiendo recaído por la ley los bienes de su casa en su hermano don Alonso, Gonzalo no tenia otro patrimonio que su mérito y sus servicios. Estos le bastaron. En las guerras entre Enrique IV y su hermano don Alonso, Córdoba abrazó el partido del infante, y Gonzalo se presentó en Avila enviado por su hermano á seguir y ayudar la suerte del nuevo rey. Muerto este príncipe, y cuando el voluble Enrique IV intentaba negar á su hermana Isabel el derecho á la sucesion del trono por favorecer á la Beltraneja, Isabel, casada ya con Fernando de Aragon, llamó á Segovia á Gonzalo, que se distinguia y gozaba ya de gran crédito por sus prendas de cuerpo y de espíritu, por la gallardía de su persona, por su robustez y destreza en el ejercicio de las armas, en las cabalgadas y en los torneos, por la finura y dignidad en sus modales, por su liberalidad y ostentosa magnificencia en galas, en trajes y en todos los actos de la vida, por la viveza y prontitud de su ingenio, por su amabilidad y su conversacion animada y amena, cualidades que le hacian el mas recomendable y estimado de los jóvenes de su tiempo. En las guerras que Isabel tuvo que sostener con Portugal, el jóven Gonzalo, que servia á las órdenes del gran maestro de Santiago don Alonso de Cárdenas mandando una compañía de ciento veinte caballos, y que se distinguió de todos los guerreros por el gusto y brillo de su armadura, por el penacho de su yelmo, y por la púrpura que solia vestir, acreditó ya que su bizarria en los combates correspondia bien al lucimiento de sus armas, y en la batalla de Albuera mereció particular alabanza de su general.

Si en el principio de la guerra de Granada no desempeñó, en razon á su juventud, cargos eminentes, mostró valor y habilidad en cuantos lanceos se halló, señaladamente en Tajara, en Loja y en Illora, llamada esta última el ojo derecho de Granada, cuyo gobierno se le encomendó, y desde cuya plaza hacia frecuentes y atrevidas excursiones, no dejando reposar á los moros granadinos. Cuando los cristianos se propusieron fomentar las escisiones entre los emires de Granada el Zagal y Boabdil, Gonzalo de Córdoba y Martin de Alarcón fueron los escogidos y enviados para este objeto, y la expulsion del Zagal se debió á una estratagema de Gonzalo. En el último período de aquella guerra, Gonzalo fué de los primeros que escoltaron á la reina Isabel cuando quiso acercarse á ver de cerca á Granada, y en el asalto que dieron entoneces los moros perdió Gonzalo su caballo, y hubo de costarle mas cara su osadía. Uniendo este guerrero la galanteria al valor, la noche que consumió el fuego las tiendas del campamento cristiano, Gonzalo, al ver quemada la de su reina, envió inmediatamente á Illora por la recámara de su esposa doña María Manrique, é Isabel se quedó asombrada de la prontitud del servicio y de la magnificencia de sus ropas y de su menaje. Por último, Gonzalo, por su talento y destreza, y por su inteligencia en la lengua arábica, tuvo la honra de ser elegido por sus reyes, en union con el secretario Hernando de Zafra, para ajustar con

el rey Chico las capitulaciones decisivas para la entrega de la capital del reino granadino. Y entre las mercedes con que los monarcas premiaron á los conquistadores, cupo á Gonzalo una hermosa alqueria con muchas tierras, y la cesion de un tributo que el rey percibia en la contratacion de la seda.

Terminada aquella guerra, seguia Gonzalo la corte de sus reyes, siendo el principal ornamento de ella. Isabel, con su natural penetracion para conocer el mérito de las personas, no cesaba de alabarle y recomendársele á su esposo como el sujeto mas apto para dar cima á las mas altas empresas, y Fernando lo reconocia así tambien. Aquel aprecio singular de la reina pudo hacer sospechar á algunos cortesanos envidiosos si en sus preferencias á Gonzalo habria algo mas que estimacion á sus eminentes cualidades y servicios. Pero el tiempo, y las costumbres puras y sin tacha de Isabel desvanecieron completamente su maliciosa sospecha, si la hubo, y ni entonces ni despues ha habido quien haya podido encontrar el fundamento mas leve en que apoyar aquel mal pensamiento. Ocurrió, pues, la invasion francesa en Italia, y Fernando é Isabel, de comun acuerdo, eligieron á Gonzalo de Córdoba como el mas á propósito para detener en su carrera al temerario invasor. Veremos si Gonzalo correspondió en Italia á las esperanzas de sus reyes (1).

Cuando Gonzalo arribó á Sicilia, encontró allí á los dos monarcas desposeidos de Nápoles, Alfonso II y Fernando II, padre é hijo. Este último, alentado con la liga veneciana, con la retirada de los franceses, y con el disgusto y la indignacion en que estos dejaban los pueblos, habia hecho ya un desembarco en la costa meridional de Calabria, auxiliado por el almirante español Requesens, y apoderándose de la plaza de Reggio. Allí concertaron el rey Fernando de Nápoles y Gonzalo de Córdoba un plan de operaciones, especialmente sobre la provincia de Calabria, donde el espíritu era mas favorable á la casa real de Aragon y al partido de España, y cuya abatida lealtad se habia reanimado con la presencia de su legítimo monarca y con la proteccion del español. Habia quedado de virey en Nápoles por Carlos VIII el duque de Montpensier, príncipe de la casa real de Francia, mas ilustre por su estirpe que por su capacidad, y mas amigo de guardar el lecho que de las fatigas de campaña. No era así el que mandaba las fuerzas francesas de Calabria: era este el señor de Aubigny, caballero escocés de la ilustre familia de Stuart, general experimentado, valeroso y hábil, *el caballero sin tacha*, que le llamaban sus contemporáneos (2). Con este distinguido jefe tenian que habérselas Fernando de Nápoles y Gonzalo de Córdoba.

Las primeras operaciones del ejército siciliano-español sobre Calabria fueron felices. El espíritu del país les favorecia. Santa Agatha les abrió sus puertas. Seminara siguió su ejemplo, despues de haber sido hecho pedazos un destacamento francés que marchaba á guarecerla. Fernando de Nápoles cometió la indiscrecion de mandarla despoblar contra el parecer de Gonzalo, y Aubigny conoció la necesidad de atajar el progreso de sus enemigos, y recogiendo sus fuerzas derramadas por la provincia, y llevando consigo la gente de los barones angevinos y al esforzado caballero Prcy, uno de los mejores capitanes franceses; se apresuró á presentarles el combate cerca de aquella misma Seminara.

El prudente Gonzalo, que no tenia confianza en las tropas sicilianas, que contaba con escasa infanteria española, armada solo de espadas cortas y escudos, con poca caballeria pesada, y con ligeros jinetes, muy propios para los combates de guerrillas, mas no para batirse en formal batalla con la veterana gendarmeria francesa y contra las picas de la formidable falange suiza, no queria comprometer el crédito de su tropa, y se opuso cuanto pudo á que se aceptara la pelea. Empeñóse en ello obstinadamente Fernando de Nápoles, ansioso de acreditar su valor para con el pueblo que iba á recobrar, y tambien los principales caudillos italianos y españoles. Cedió por fin Gonzalo, aunque sin darse por convencido, y el éxito

(1) Crónica del Gran Capitan, c. 23.—Giovio, Vita Magni Gonsalvi.—Quintana, Vidas de españoles célebres, donde pueden verse mas pormenores de su vida anterior.

(2) Brantome, Hommes Illustres, tom. II.

justificó lo fundado de sus recelos. En lo crítico del combate, los sicilianos, traduciendo por retirada una maniobra de los españoles, á que estaban acostumbrados en la guerra de Granada, diéronse á la fuga poseidos de espanto. En vano el rey Fernando trabajó exponiendo valerosamente su vida por rehacer á los fugitivos, poniendo en tal riesgo su persona, que, muerto su caballo, hubiera caído en poder del enemigo, si el soldado Juan Andrés de Altavilla no le hubiera prestado el suyo, cuya generosidad le costó la existencia. En vano tambien Gonzalo á la cabeza de sus pocos españoles hizo esfuerzos de valor por sostener el combate. Los franceses quedaron victoriosos.

Esta fué la primera accion en que Gonzalo de Córdoba tuvo un mando importante, y tambien fué la única que perdió durante su larga y gloriosa carrera, y eso por haberse dado contra su opinion y consejo, lo cual hizo que lejos de disminuir creciera su reputacion militar. Afortunadamente para italianos y españoles el mal estado de salud de Aubigny no le permitió sacar el fruto que hubiera podido de su triunfo. Gonzalo se retiró á Reggio con cuatrocientas lanzas españolas, y el rey Fernando se volvió en una nave á Sicilia. Desde allí determinó ir á Nápoles, de donde le reclamaban con instancia y le llamaban con urgencia, embarcándose en la flota de Requesens, compuesta de ochenta naves de pequeño porte, y apresurándose á llegar antes que la noticia de la derrota de Seminara desalentara á sus partidarios. Empeñábase en llevar consigo á Gonzalo, pero este lo resistió tenazmente, persuadido de que convenia mas al interés de ambos quedarse á sujetar la Calabria, país harto parecido al reino granadino, y donde se proponia hacer á los franceses la misma clase de guerra que aquí habia hecho á los moros. El duque de Montpensier, que gobernaba y guarnecía á Nápoles con seis mil franceses, salió á oponerse al desembarco de Fernando; mas no bien hubo evacuado la ciudad, cuando los habitantes tocaron á rebato, tomaron las armas, degollaron los franceses que habian quedado, y abriendo las puertas á Fernando le recibieron en medio de frenéticas aclamaciones. ¡Tan exasperados los tenia el yugo de los franceses, y tan ansiosos estaban de ver otra vez y dar de nuevo su obediencia á su legítimo monarca!

Montpensier logró conservar los dos castillos que defienden la ciudad. Pero estrechado allí por los habitantes, que desde las ventanas, torres y tejados arrojaban todo género de proyectiles sobre los franceses, se vió forzado á capitular, y aun antes del día prefijado para la rendicion pudo fugarse por mar con dos mil quinientos hombres y retirarse á Salerno, donde tampoco se detuvo mucho: antes recogiendo cuanta gente pudo allegar se encaminó con ella á la Pulla, donde Fernando habia acudido, con intento de comprometer á este á una batalla decisiva. Rehusábala Fernando hasta que contase con mas fuerzas; mas aun despues de reforzado con los venecianos, y casi equilibrados los dos ejércitos enemigos, no emprendieron ni uno ni otro accion alguna importante, como si ambos se temiesen igualmente; la campaña se prolongó con cierta languidez, y sin que hubiese sino hechos de armas parciales y sin resultado decisivo.

Entre tanto Gonzalo de Córdoba justificaba con hechos positivos cuán agertada y útil habia sido su determinacion de quedarse en la Calabria, puesto que poco á poco iba reduciendo y enseñoreando toda la parte del Mediodía. Rindiéronsele pronto las plazas de Fiumar de Muro, Calana, Bagnara, Teranova, Tropea, Maida y todas las fortalezas y lugares de los condados de Melito y de Nicastro, de grado las unas y por combate las otras. Su dificultad era no poder guarnecerlas todas por falta de gente. Igual escasez experimentaba en punto á recursos de metálico para pagar sus tropas, embarazos que solian causar algun entorpecimiento en sus operaciones. De mil trescientos hombres de Asturias y Galicia que los reyes de España habian ofrecido enviarle, apenas llegaron á Italia trescientos, desarmados, desnudos y en el estado mas lastimoso. Setecientos se habían vuelto á su país desde Cádiz, y el resto hizo lo mismo desde Alicante. Mas no por eso se interrumpieron sus triunfos, y Gonzalo siguió apoderándose de Cosenza y su distrito, de los condados de Montalto y Renda, del Val de Crato, de Crotona, de Lauria, de Laino, en una palabra, á fines

de la primavera de 1496 tenia ya reducida toda la alta Calabria, excepto una pequeña parte en que se mantenía Aubigny, y parecia estar á punto de acabar de arrojar de la provincia á los franceses (1).

Lo admirable de tan brillantes resultados, que formaban singular contraste con lo poco que desde su entrada en Nápoles habia adelantado el rey Fernando, sino es la desercion que se iba declarando en las tropas mercenarias de Montpensier, era el haberse obtenido con tan pocas fuerzas como las que contaba Gonzalo y con los mezuquinos recursos que de Sicilia y de España recibia, tanto que dejaba de ocupar muchas de las plazas que se le rendian por falta de presidio con que mantenerlas. Favoreciale, es verdad, el mal estado de salud que seguia afigiendo y molestando á Aubigny, y la creciente desafeccion de los pueblos y de los barones calabreses á la dominacion francesa; pero á lo que se debieron mas principalmente sus triunfos fué á la táctica y sistema de guerra que empleó allí Gonzalo, igual al que habia aprendido en la escuela práctica de Granada; sistema nuevo y desconocido para los franceses, á quienes desconcertaban y aturdian las rápidas correrias de los ligeros jinetes y aun de los infantes españoles, sus repentinis asaltos y sorpresas, sus fugaces retiradas, su continua movilidad, sus emboscadas y sus ardidés para evitar los peligrosos choques con la pesada caballeria francesa y con la formidable infanteria suiza; sistema el mas acomodado al corto número de tropas que Gonzalo llevaba á sus órdenes, y á la naturaleza del terreno, en lo áspero, quebrado y montuoso muy semejante á las Alpujarras. Su politica era tratar con dulzura á los pueblos que se sometian y escarmentar con rudo rigor á los que le hacian resistencia. En su virtud fueron pasadas á cuchillo no pocas guarniciones francesas, y aun de naturales pertenecientes al partido angevino. En todas partes hacia jurar fidelidad al rey de España, y ponía aleaides de su mano.

Cuando en tal prosperidad llevaba Gonzalo su campaña, y hallándose acampado en Castrovillari, á la parte septentrional de la Calabria superior, recibió un llamamiento del rey Fernando de Nápoles para que fuese á unirsele en la Pulla. El motivo era el siguiente. El duque de Montpensier, que de Salerno se habia retirado á aquella fértil provincia, se hallaba con el grueso de su ejército en Atella, ciudad situada al extremo occidental de la Basilicata, y cerca de Ripa Cándida, plaza fuerte defendida tambien por guarnicion francesa. Fernando, que deseaba dar un golpe que pusiese término á aquella guerra, aprovechando el aliento que en sus soldados habia infundido la esperanza de la ida del emperador Maximiliano á Italia, tenia bloqueado en Atella á Montpensier; mas ni él ni los caudillos de su consejo tuvieron por prudente aventurar la batalla sin el apoyo de Gonzalo de Córdoba, á quien por lo tanto se determinó á llamar. Por mas que el capitán español sintiera abandonar el teatro de sus triunfos, el rey Fernando insistió tanto en ello, que no queriendo ni desatender sus instancias, ni que por causa suya dejaran de realizarse los designios del rey, le fué forzoso partir, encomendando antes la guarda y defensa de lo conquistado al cardenal de Aragon y á otros capitanes de su confianza. Partió, pues, Gonzalo (7 de junio, 1496) con cuatrocientos caballos ligeros, setenta hom-

(1) Los pormenores de esta gloriosa campaña pueden verse en Giovio, Vita Magni Gonsalvi; en Guicciardini, Istoria d'Italia; en Summonte, Istoria di Napoli; en las Memorias de Comines; en la Crónica del Gran Capitan, y en Zurita, Hist. del rey don Hernando, lib. II.

Una de las sorpresas mas brillantes y de las mas importantes de Gonzalo en esta campaña, fué la de Laino, pueblo situado al nordeste de las fronteras de la Calabria Superior, en las riberas del Lao, donde se hallaban gran número de señores angevinos con sus vasallos y con tropas francesas esperando reunirse con Aubigny. Gonzalo anduvo toda una noche por sendas ásperas y montuosas, hizo pedazos los montañeses que guardaban aquellas gargantas, especialmente el valle de Murano, al rayar el día entró de improviso en la plaza, cortó el paso y arrolló á los que acudían á la fortaleza, mató al jefe principal de aquella faccion, Americo de San Severino, hijo del conde de Capacho, hizo prisioneros á Honorato de San Severino, al conde de Nicastro, y á otros doce barones y mas de cien caballeros, y envió presos los principales de ellos al rey Fernando. La victoria de Laino fué la que acabó de dar fama á Gonzalo de Córdoba, y la que decidió mas de la suerte de la Calabria.